

FRONTERA MÓVIL

Alfredo Fressia

NOTA

En agosto de 1986 publiqué en San Pablo un librito que se llamó **Destino: Rua Aurora**, obviamente redactado en idioma portugués, y que, debido al entusiasmo de ciertos críticos, llegó a conocer dos ediciones. Algunos pocos ejemplares de esa publicación paulista circularon en Montevideo, probablemente como curiosidad. Traducido por mí al español, aquel texto hace parte ahora de esta **FRONTERA MÓVIL**. Pero como traducirse a sí mismo ya es atravesar una frontera móvil, el texto uruguayo resultó diferente -por lo pronto, más extenso- respecto a aquel primer **Destino: Rua Aurora**. Es la terca verdad de los lugares comunes: no se cambia de idioma impunemente. En todo caso, la labor de traducción sólo fue posible gracias a la colaboración fraterna del escritor Juan Introini, mi amigo de todas las horas.

Los otros textos de **FRONTERA MÓVIL** fueron directamente redactados en español. La mayoría de ellos estaba dispersa en publicaciones literarias de la prensa montevideana (La Semana de El Día, el País Cultural, y hasta en las agendas creadas por el artista Gráfico Gustavo Wojciechowski para la Editorial Yoea), casi siempre en versiones abreviadas, “**Aeropuertos**” y “**Montevideo, La Coquette**” fueron también grabados junto al poeta Luis Bravo para difusión radiofónica en el programa “La Luna” de la Emisora del Palacio y luego emitidos, en mi ausencia, en la inauguración del Primer Festival de Poesía de Montevideo, 1993. Editados ahora en libro, constituyen un texto nuevo, que también es móvil, a caballo entre fronteras como su autor.

A. F.

Destino: Rua Aurora

YO SÉ... MUY bien que escribo esto porque vivo solo en un apartamento pequeño y cómodo de la Rua Aurora -que es una calle llena de misterios, un poco sucia, es verdad, pero tan llena de Mario de Andrade, de Di Cavalcanti, de prostitutas, de intelectuales de los años cuarenta que apenas tienen la jubilación para cobrar y permanecieron en la rua Aurora, tan llena de recuerdos, de boliches inciertos, de soldaditos, de maricas, de parejas de extranjeros huidos de la guerra que morirán dentro de poco y dejarán más secretos todavía-. Y la Rua Aurora se llama Aurora, que es un nombre de señora gordita de cierta edad que hace visitas por la tare y tiene siempre muchas cosas para contar. Yo sé que escribo porque soy soltero, suelto, suelto en el mundo, montero, y no tengo hijos -tengo sí a mi gato Hippolyte y mi hijo adoptivo, Jean-Francis.

Pero mi gato es chiquito y todo lo que hace es jugar y Jean, que vive en París con su madre, todo lo que hace es amarme, y yo, que lo amo, soy un padre tan distante. Hombre solo, de hijos lejanos, en la Rua Aurora, yo sé también que poseo otra cosa rara. Además de una edición napoleónica de las Obras completas de Racine, además de todas las grabaciones de Maysa y de Nora Ney, además de algunos tés chinos y una biblioteca entera de Literatura Medieval Portuguesa, yo paseo la rareza del tiempo de las noches. Si: Alfredo, el rey de la noche -pero de

noche adentro-. Yo escribo porque soy levemente insomne, insomnio que cultivo porque también sé que no preciso despertarme temprano, y entonces puedo quedarme horas mirando una fotografía, leyendo, recordando -ya me sorprendí mirando mi rostro e imaginando el origen de cada arruga (sé de una, en la ojera derecha, que sólo aparece cuando soy feliz).

Pero soy hombre trabajador y honrado: trabajo desde mis diecinueve años y no recuerdo un solo día de mi vida que no haya sido amenazado por los lunes del deber. Vivo estrictamente de mi trabajo -pago el alquiler y la Previsión, las garantías para poder seguir trabajando y viviendo de Rua Aurora-. También por eso escribo: porque estoy cansado. Yo sé que escribo por todo esto y porque, de los astros, poseo en el orden del zodiaco una sola virtud: soy justo -entonces quiero decirlo-. Y quien es justo habla de sí e, inevitablemente, de los otros. Yo hablo de San Pablo, la otra que amo. No la única, pero es que ella los envuelve a todos -hasta a mi hijo Jean, que aquí vivió tres años-. Yo sé muy bien que escribo porque soy un privilegiado y un solitario. Y porque soy profesor de Francés, cosa que tiene aroma de rosa seca, de señorita de edad, algo de dama un poco loca que usa guantes blancos para cuidar sus manos delicadamente arrugadas.

Escribir sobre todo esto es el único modo de ser alguna cosa más que todo eso, es llevar todo eso a cierta tensión de crueldad y hacer que alguien, yo, otro, no importa, me dé una paliza, me haga olvidarme de mi hijo, me quemé los libros, mate a Hippolyte a tijeretazos, me ponga en el mundo sin sueños y sin ilusiones, suprima mi pasado y los seres que lo pueblan y me quede solo con mi esqueleto, de cara contra el barro en una favela del Brooklin Paulista mirando los edificios de la otra San Pablo -la otra amada-. Porque yo no escribo para ser leído por

quien me leerá, los informados, los bien comidos, los que tienen tiempo para leer a uruguayos emigrados -como yo soy informado, bien comido y con tiempo para escribir-. No, yo escribo para la mala conciencia de quien me leerá. Esta es una crónica con malas conciencias: yo la escribo y nos reconocemos en ella con algo de menos para temer. Yo recomiendo la lectura de estas notas: ellas son muy humanas porque también son malas, y eso es lo bueno.

LO CONTRARIO DEL sueño es la Av Paulista. Tan real que ese Av se escribe sin punto, como en las computadoras. Ella amenaza hasta a los que viven en los Jardins: cuando necesitan venir al centro tienen que pasar por ella. Y ¿qué hacer? ¿Cerrar los ojos? Pero, ¿y el olor? Porque la Av Paulista tiene un olor, aunque sea sutil como el dolor de dientes de una computadora. Para decir la verdad, todo es sutil en la Av Paulista. Las veredas, por ejemplo, son el recuerdo distante de una vereda. Uno camina zigzagueando a causa de los canteros y eso da un leve mareo de dentista. Los bancos para sentarse, redondos y públicos, no son para sentarse en ellos. Sirven sólo en los casos de accidente (es por eso que siempre están lejos de las paradas de ómnibus). El Parque Trianon, ah, él, que eran tan bello, ahora inaugura su declive hacia los Jardins con una reja. Y el colmo de la sutileza: la Av Paulista es curva. Ligeramente, claro. No se le puede ver el comienzo ni el fin. Es que no tiene comienzo ni fin. Es la repetición de sí misma como una grabación. ¿O tal vez no sea apropiado hablar de grabación? La Av Paulista no tiene voz. Fue un grito prolongado y enmudeció. Es el vacío entre dos palabras. ¿Cruzar la Av Paulista es cosa mágica? ¿O tal vez nunca se cruce?

Nadie va a la Av Paulista; todos pasan. Y es un pasar sin consecuencias. Es gratuito como el cálculo perdido en la Memoria de un Banco -pero no perdido por distracción del funcionario: es que el aparato se quedó sin tinta-. Eres ineficiente, tú, Avenida de la eficacia. No es que ella cometa errores -jamás: su ineficacia está en que ella llega siempre en mal momento-. En la plaza Osvaldo Cruz hay un lustrador de zapatos con un asiento de cármica blanca y plástico verde. Le pregunté por qué la butaca era así, y él no me contestó. Puso cara

de quien tiene prisa y no quiere ser molestado. Naturalmente que nadie lustra los zapatos en la plaza Osvaldo Cruz.

La Av Paulista no es patética, como la Avenida São João. ¿Pathos es la Paulista? Ella, que ni siquiera es fea. Ella es tan ella que no tiene género: ella no es. A ciertas horas, cuando parece que va a volverse un lugar con identidad reconocible (a las 6 de la tarde, entre dentistas vestidos de blanco y funcionarios apurados) ella es una impotencia. ¿Por eso mismo es un desafío? No, ella no tiene enigmas, no tiene secretos porque no tiene nostalgias del café y sus mansiones de otros tiempos. Ella siempre vivió su presente y, sin pasado, acepta dócilmente su condena a no tener futuro. La prueba es el Banco de Tokio.

(Ay, Avenida São João, ¿por qué pienso en ti? ¡Qué hermosa eres!)

La calle Augusta, fatal y coqueta, trata de seducirla. No lo logra. Pasa sobre ella y es devorada: se toma Av Paulista durante cien metros. (La Brigadeiro Luiz Antonio es una indiferente: se vuelve Av Paulista mucho antes y mucho después, y no le importa)

Me quedé sin ganas de continuar hablando de ti, Av paulista. Es que me desperté, me arden los ojos y es agresivamente de mañana. Me quedé agarrado a la Av Paulista.

AL FIN DE cuentas era necesario que alguien escribiera sobre José. Sin él, ¿qué sentido podría tener María, la joven cearense que venía todas las mañanas en el ómnibus Penha-Lapa para trabajar en La Molicie Calzados? No es que José se parezca a ella (él es gordito y universitario) pero ellos se explican y se justifican. Ella explica que él viva en Pinheiros y apenas conozca la Penha, que él haya bajado el río São Francisco el año pasado, y ella lo haya subido en la última sequía. Al contrario de María, que siempre habla de la chacra allá en el Norte, nadie sabe exactamente dónde nació él. Se sabe que el año pasado, antes de viajar, se quedó sin trabajo (tuvo una discusión en la Editora) y el hecho que recibía dinero de “unos parientes de Ribeirão Preto”. Y si, ahora María se quedó pensando en los problemas de trabajo de José, compadecida. Pero vamos, María. José ni siquiera tuvo que vender el Volks, con cuya llave en la mano él continúa sentándose en los bares de los Jardins. Tampoco se sabe por qué jamás guarda la llave, pero es que él es muy ocupado. Así: él es ocupado aunque a veces no lo esté. Siempre tiene tantas cosas para hacer que generalmente no hace ninguna. Telefonea, ah, adora telefonar, telefonea con fruición, ni importa mucho de qué hable, lo importante es telefonar (proyectos, quejas, los amores). Telefonea, hace contactos, organiza reuniones, da pareceres, lee: es su trabajo en la Editora. Incluso traduce ensayos, a veces, del español. Pero me estoy olvidando de que se peleó en el trabajo y que cambió de empleo. Esto es, ahora no se sabe lo que hace (es la crisis, sí). Escribe para un diario de Natal y establece contactos con librerías del sur del país. (Estuvo hace dos meses en Porto Alegre pero no le gustó; continúa prefiriendo Bahía, el Nordeste tiene más vida, la gente... etcétera.) José discutió con la jefa de la Editora. Fue una situación tan desagradable que aquel mes la cuenta de la Telefónica se le duplicó. Es que, en el fondo, a José no le

gustan las mujeres. No, no, no es que diga que le gustan los hombres (él es un buen muchacho), es que las mujeres son así. Él siempre las amó tanto y después llegan a algún cargo de importancia y se vuelven pesadas y prepotentes. José no va a pelearse con sus amigas feministas pero la verdad es que ellas exageran. No se va a enamorar más: las mujeres son para divertirse, y al cabo él es hombre y no tiene nada que ver con todo eso. En todo caso, es un muchacho formal: se despierta temprano. José se siente tan bien a las ocho de la mañana. Respira hondo y toma el jugo de naranja que la empleada le prepara - él no fuma de mañana-. Se acuesta tarde -todas las noches se da cuenta de que tiene más cosas todavía para hacer- pero repone el sueño en los week-ends. No, es claro, cuando va a Ubatuba no repone nada, pero sería una calumnia decir que frecuenta mucho las playas: José adora San Pablo los fines de semana. Los domingos se despierta bien tarde, oye Radio Eldorado -y a menudo se despierta acompañado de una muchacha militante (¿pero militante de qué?) que también lee a García Márquez en el original-. Almuerzan en algún restaurante vegetariano y vienen a disfrutar del centro viejo. “Disfrutar del centro” consiste en mirar a los nordestinos que pasean por la calle Xavier de Toledo u oír a los cantantes en las escalinatas del Teatro Municipal. Los dos echan una mirada por las librerías y finalmente entran a un cine. Ella no aprecia mucho eso de ir al cine en el centro porque las copias de los films son muy malas, pero ellos obedecen a un llamado del pueblo. Él se siente bien; contempla maricas, nordestinos, putas de la São João, negros del Largo do Paissandú, y entonces siente como una emoción, una cosquilla en el pecho, y decididamente le encanta San Pablo. Pero es tan ocupado que generalmente tiene que interrumpir el week-end a causa de alguna preocupación (¿se había olvidado de algunas llamadas telefónicas? ¿una reunión? -porque él también es

militante) y entonces vuelve, resignado, a Pinheiros-. Si José viviera solo tal vez disfrutase más de su casa (si, me olvidé de decir que vive con un amigo. Es que su amigo es una réplica tan exacta de él que no merece mucha atención). Pero creo que todavía voy a saber para qué existe José.

Y María. Ustedes saben de su vida. Sólo agregaré tres detalles. Fue despedida de La Molicie Calzados y pasó a vivir un tiempo en el barrio de Jabaquara con una colega. Un día dije que volvería para Ceará y nadie más la vio. Nadie, ni siquiera ustedes, aunque su historia llene toda la plaza da Sé los domingos de tarde y sea un tema favorito de José. Pero ustedes ya vieron cómo José es mediocre. De modo que ni él ni nadie sabe para qué vive María. Pero, aleluya, ellos se conocieron.

Aleluya. Fue frente a un vendedor ambulante de algodón azucarado en la Avenida Ipiranga. Se miraron un instante y cada uno siguió su camino. María, impresionada con los zapatos de él. José, impresionado con los de ella, pero por motivos opuestos: él usaba alpargatas rústicas y ella unos zapatos de viejísimo cuero negro que debían haber pertenecido a una dama muy alta porque eran tan grandes que se le escapaban a cada paso. Si, eso fue todo. ¿Ustedes querían más? ¿Un romance? No, claro, incluso porque José no tiene tiempo para perder. (Ella se habría quedado mirando los pies de José porque era olvidadiza, pero José se dio vuelta rápidamente y desapareció en dirección a la avenida São João.) ¿María vivió veinte y pico de años en su Ceará, vino

a San Pablo, trabajó dos años en La Molicie Calzados, y todo para ver una tarde los zapatos de José? Pero es que mientras miró los zapatos de José toda su vida tuvo un sentido. José supo de la vida - alpargatas de María y tuvo miedo y se dio vuelta rápido hacia la São João. María se quedó sola con su descubrimiento y se habrá sentido petrificada de pánico. Pero ella vivía en la Penha y tenía por lo menos un triple destino: sería despedida de La Molicie, iría a vivir en Jabaquara y volvería a Ceará. Esos condicionales, que son futuros del pretérito, le proyectaban una garantía. Su vida - alpargatas continuaría arrastrándose y esto era una garantía no sólo para ella sino también para José. Ah, no fuiste idiota, José. Desapareciste en el momento justo para que los estafalarios zapatos de María no te mandasen derecho para Pinheiros. No corrés riesgos, José, en este encuentro de zapatos. Si, en el peor de los casos, tenés el alquiler pago por los parientes de Ribeirão. Y José es militante: se escribe sobre él en presente. Es un militante sincero y eso le permite pisar terreno sólido, calce lo que calce. José y María disponen de un destino: el mismo seguro contra un mal paso.

EN LA RUA Aurora hay cinco cines. Todos los sueños caben en esos cinco cines -y yo los necesito: sueños y cines para no morir-. Hoy los programas que el diario promete son:

AUREA STRIP SHOW – R. Aurora, 522 – tel. 222 8337 – en el escenario: show de strip-tease – en la pantalla: A Noite das Taras – História d’Ó – 18a – desde 9hs.

CINE DUPLO I – R. Aurora, 720 – tel. 220 1694 – Herói ou Assassino – O Marinheiro que Caiu em Desgraça com o Mar – 18a – desde 10.15hs.

CINE DUPLO II – R. Aurora, 720 – tel. 220 1694 – As Insaciáveis – Penetrações totais – 18a – desde 10.45hs.

GAZETINHA CENTRO – R. Aurora, 753 – tel. 223 4430 – O Exterminador – 18a – 11-20hs. – 13-30hs. – 15.40hs. – 17.50hs. – 17.50hs. – 20hs. – 22hs. – Sab. 24hs.

LOS ANGELES – (Strip-Tease) – R. Aurora, 501 – tel. 221 5024 – Strip-Tease en vivo. O Deputado Erótico – Reformatório das Depravadas – 18a – desde 9hs.

Ahora sí, Dios sabe que estoy en paz.

ME QUEDO HORAS enteras sentado, o acostado, sin hacer nada. No hacer nada tal vez sea una forma de saber que se está haciendo todo. Me siento respirar mientras miro mis pies. Fumo y mimo mis manos. Me levanto y veo a Hippolyte entre las plantas. Miro los cassettes de música, elijo uno y no lo pongo en el grabador. Vuelvo a la cama. Tomé un libro y lo hojeo. El libro es tan interesante que lo dejo para leer después, cuando esté ocupado y lo necesite. La radio quedó prendida en la cocina y oigo la hora. Ya sé. Voy a tomar agua. No. Voy a hacer un té y prenderé este cigarrillo en el fuego, debajo de la caldera. Tomo el té y soy solo en el mundo. Tomo el té porque no tengo nada para decir y aun si tuviera no habría una sola persona en el mundo que se interesase porque todo el mundo toma té y es solo. Si. Decir será el único modo de ser con los otros. (¿Decir será morir?) Sé que no soy esta crónica, ni soy José ni María, aunque los tres seamos Uno. (¿Ignoto es una Carta?), no soy la poesía que Henrique Montes hace y yo comento, ni la poesía de Manuel Bandeira, que leo, ni mis novelistas preferidos y la teoría literaria que ellos suponen y que yo supongo que ellos suponen cuando converso con X o Y o Z, como no soy la lengua francesa que enseño y el salario que me proporciona y del cual me quejo junto con mis colegas. Ni los problemas de los otros y que los otros me cuentan, ni este destino mío que yo ignoro y cuento. Sólo sé hablar sobre eso y los otros, que no son nada de eso, sólo saben hablar sobre eso porque decir no es hablar, decir no existe. Nadie dice nada. Dios dijo. Y los primates dijeron. Pero yo, que no soy Dios ni primate, olvidé lo que se debía decir y lo que ellos dijeron quedó inconcluso porque me legaron la continuación de un discurso que me es desconocido, tan desconocido que imaginándolo siento náuseas. Entonces, sólo me resta tomar el té, o lo que sea y que sea bueno

contra la náusea, y quedarme callado y leer a Bandeira, mirar la calle por mi ventana y acabar esta crónica mañana o pasado, quién sabe.

HOY DESCUBRÍ POR qué José parece existir pero no existe. Él es un pozo. Se ve pero es sólo ilusión: los otros dejaron un espacio y él se aprovecha para existir. Pero no es. El pueblo en la plaza da Sé es. Sólo Los Olvidados existen. Olvidados por José que se acuerda de ellos como de una noticia de diario. Así: Pueblo es tantos millones (¿de personas? pero, ¿qué personas? Una de ellas y su historia importan tanto como los porcentajes de José: 13% obreros textiles, 42% analfabetos, 12% etc. 39% etc.). Etc es el pueblo que José piensa que existe y un pueblo de etcs (así: e.t.c.s.) no deja que hombre alguno exista, crea entelequias, crea a José. Lo que José no es lo vuelve rencoroso y piensa: Percival Silva Almeida (a quién él no conoce) es cursi siempre, es ridículo caminando en la parte del viaducto do Chá y peligroso entre los jóvenes elegantes de la Vila Madalena. Es simpático en la plaza da Sé y valiente en São Bernardo. Pero José no sabe lo que es el ridículo ni la peligrosidad ni la simpatía ni el coraje. Si fuera sobrio o cobarde, o cualquier cosa que fuera, podría adivinar lo que no es. Pero él no existe y entonces no tiene virtudes ni defectos. (Sí. También es inimputable.) Si descubriera un día que los porcentajes son las mentiras que lo dejan vivir (como en el teatro escenografía y luces dejan vivir a los personajes), si descubriera que su pueblo es, la mentira cómoda en la que nació muerto, moriría. José nacería. Nacimiento imposible. Él no quiere. Tiene miedo. José es el aborto de sí mismo.

En Nochebuena hay fiesta en la plaza da Sé. Y digamos que José vaya. Es una fiesta muy sencilla (además, es organizada por el Sesc y la Fundación Roberto Marinho -y José trabaja para ambos-.) Hay un tablado y grupos folclóricos cantan y representan escenas navideñas. El pueblo mira. (Ya yendo hacia el parque Dom Pedro, sólo hay asaltantes y peleas y policías de civil.) Pero volvamos a la plaza. Como

en Navidad siempre llueve el pueblo permanece bajo la lluvia. Algunos atraviesan la calle para comer alguna empanada. Pero eso son pocos. A la once horas la fiesta acaba e invitan al pueblo para entrar en la Catedral que hasta entonces estaba cerrada. El pueblo quiere ver la Misa de Gallo. El arzobispo está feliz de ver la Catedral llena de pueblo y la Navidad de los Pobres y. (Me cansé de hablar de Pueblo. Yo quería hablar de personas, pero es una concesión que hago a José. El ama al Pueblo. Es de las personas que tiene miedo.)

Ahora veamos. El pueblo escucha a un payador de Piracicaba. José mira a los porcentuados y supone que no les está gustando (él detesta hasta el acento del cantor). Sale y va a ver al pueblo en los Billares Bandeirantes de la plaza João Mendes. Cuando vuelve hay un grupo de Teatro haciendo una especie de Bumba-meu-Boi de intenciones sociales. José se interesa. No porque le guste el espectáculo (llueve y él está de mal humor) sino porque una parte de pueblo sonríe con los chistes. Los actores dicen palabrotas, dan consejos al público y dicen que los negros sufren injusticias. José está radiante. Los actores interrumpen el Bumba y hablan mirando al vacío (el público). ¿Brecht? ¡Sí, Brecht! José aplaude y mira a pueblo que también aplaude. Ahora le toca a un Pesebre vivo. María es blanca - celeste. José (el otro santo) es barbudo. Hay pastores de color pastel. José piensa que al pueblo le está gustando. A él no, claro (él adora Goya) pero en un estremecimiento de fraternidad aplaude también.

José entra ahora a la Misa de Gallo porque él simpatiza (intransitivo). Y también para ver si el Arzobispo hablará contra el Gobierno. Al fin y al cabo, él está en medio de su pueblo. Sonríe a la gente pero nadie le sonríe. Ah sí, alguien sin dientes le sonrió. A él le encantó. Un hombre, borracho, sube al coro en la mitad de la Misa. Otra vez a José le

encantó. Este hombre, andrajoso, le recordó un personaje de los Retirantes de Portinari. Y le pareció auténtico.

José volvió a Pinheiros pensando que él (como Dios) era un brasileño solidario con su pueblo, Pero no volvió inmediatamente a su casa; pasó antes por la fiesta de unos amigos public - relations de la Globo. Y continuo no existiendo.

(Algún día me encontraré contigo, José, cara a cara, y te daré una bofetada. Y te diré que no asistí a la Misa de Gallo porque hice el amor con el hombre sin dientes que te sonrió. Pero yo sé que será como morder viento.)

¿Y yo? Yo. Porque yo también estaba en la pasa y estaba ahí sin nada para decir. Estaba yo y estaba la plaza, absolutamente solos. Es irresistible estar en una plaza y que la plaza sea la plaza y que yo sea yo. Yo, que debía ser yo con la plaza aquella noche. Traté de sonreír (como podría haber llorado) para ver si la sonrisa servía (servía para no ser solo, para volverme yo y la sonrisa) pero no sirvió porque nadie sonrió. Y aun si alguien hubiera sonreído, no habría sido por el mismo motivo que yo sonría. Y fue una sonrisa idiota (los idiotas sonríen por motivos misteriosos que sólo ellos conocen). Y sirvió sí, sirvió para medir mi total soledad. Soledad prisión. Soledad presa. No prisión solitaria: la prisión ya sería una circunstancia y yo era sin circunstancia, yo era sin la plaza. ¿Olvidarme de la plaza? Habría sido olvidarme de mí y yo no quiero (todavía) morir. Yo escojo por motivos que ignoro este lento andar en la angustia. Yo escojo el infierno: no quiero (todavía) morir. ¿El Paraíso es un paseo que hace un nordestino en la plaza da Sé? ¿Estaré olvidando el infierno del hambre? Es que yo preciso pensar en mi infierno y pensar en los otros. Preciso ser bueno en el infierno.

Una bondad que no escojo: ella me es tan biológica como mis células.
Es bondad de idiota que sonrío.

¿Y María? Si, ella estaba en la plaza. (María, la de La Molicie Calzados, que vivía en Jabaquara.) Estaba en las escalinatas de la Catedral y vio a José de perfil cuando él iba de mal humor a la plaza João Mendes. María sintió un escalofrío que le subió desde los pies. Mareada, fue a recostarse contra una de las puertas de la iglesia y pensó:

(¡Cuidado! La página anterior no está en blanco. Que nadie intente llenarla de palabras, ni siquiera José que, además, no vio a María. Ni Dios con su famoso Logos es dueño de esa página que María ya llenó. Lo que ella pensó es misterioso y desordenado -ella no conoce muchas palabras, además de haber visto a José en la hora en que desaparecía.)

María, que había venido a la plaza con su colega de Jabaquara, se perdió de ella en la multitud. Tampoco entró a la iglesia porque si asistiera a la Misa de Gallo perdería el último metro. Entonces bajó sola a la estación y se fue.

Si se hubiera quedado habría visto a su colega llegar por la calle Benjamin Constant, muda de emoción, tomada de la mano con el joven de Sergipe que habría de ser su marido, que exigiría que María se fuese de la casa de ellos y haría que ella acabase por volver antes a Ceará.

Pero María no se había quedado, estaba en el metro casi llegando a Jabaquara, tenía hambre de unas empanadas de palmito de la calle Tabatinguera que no pude comprar y, sentada en el vagón, con hambre, pensaba en José. Entonces, silencio.

Silencio. A dios lo que es de Dios.

UN DÍA DIOS recibió una carta que contenía severísimos reproches y que era Una y Trina. Seguramente es mía, pensó, porque no existe nadie que sea Uno y Trino además de Mí. Pero la carta existía fuera de ...Él y ... Él no recordaba haberla escrito. Si yo la escribí, pensó, y sólo puedo haber sido Yo que siendo Uno soy Trino, si Yo la escribí debo pensar que una parte Trina me engaña. No, no es fácil ser Uno y Trino. Y Dios tuvo nostalgia de ser Uno y Doble y pensó: si Yo fuera Uno y Doble sabría lo que hace la parte de Mi que es del Doble y no recibiría cartas Unas y Dobles. Entonces, la Tercera Parte de Dios, que era Una. Le escribió una carta para que no olvidarse que Ella, además de Trina, era Una y que no pretendía dejar de serlo. Y Dios recibió la carta que era Una y Trina y ya no paró más de recibirla.

HOY DE MAÑANA bajé para comprar cigarrillos en el café de la rua Aurora con la Viera de Carvalho. Un señor, acompañado de su hijo, estaba frente a la caja, muy nervioso. Compraba un pancho. Era negro y de aspecto muy humilde. Preguntó cuánto costaba. El dueño respondió: “Treinta”. Sacó nerviosamente treinta cruzeiros del bolsillo. Era terrible cómo la pobreza de había instalado en su cara y en la cara del niño. Ella los asemejaba mucho más que el evidente parentesco. Y era una condición dignamente aceptada porque con aceptación y dignidad él vestía su traje azul viejísimo (¿de cuándo se casó?) que era mucho más grande que su flacura presente. Yo pedí mis dos Galaxy, pagué y, mientras esperaba el cambio, tuvo el impulso de sacar los cigarrillos del mostrador. El juego de manos fue embarazoso. Paré el movimiento con vergüenza. El hombre tampoco supo por un instante qué hacer con aquel pancho codiciado en la mano derecha y el niño en la izquierda. Tuvo el impulso de morderlo pero también tuvo, creo, vergüenza, y se lo fue a dar al niño pero algo lo detuvo turbado (¿era amor a ese pancho que había podido comprar?, ¿era la sensualidad y el lujo de poder mirar el pancho poseído antes de comerlo?, ¿era timidez?). El hombre salió del café y cruzó la calle, nervioso, con el pancho en la mano. Yo me quedé parado en la vereda mirándolo sin que él lo advirtiera. Se metió en la fila del ómnibus a Vila Miriam y yo empecé a caminar rápido.

TAMBIÉN CONOZCO UN hombre (¿o un muchacho?, no sé, él no tiene edad), taxi-boy hace mucho años en la Avenida Ipiranga y plaza de la República. No sé su nombre: me acordaba de él sólo cuando lo veía. La última vez que lo encontré él no estaba haciendo taxi. Era una noche de San Juan y estaba en la plaza con su acordeón. Tocaba y un grupo de hombres (¿o muchachos?) cantaba al son del acordeón. Los maricas pasaban y él tocaba, algunos bailaban, otros tomaban vino con canela y hasta había novios heteros en las tiendas de los ambulantes. Fue la noche gloriosa de este taxi-boy: fue acordeonista de la fiesta de San Juan en el lugar donde trabaja, ocupó el espacio mágico de la noche de los milagros en el espacio mismo donde ejerce su oficio. Tarde de madrugada lo vi pasar por la Avenida São João. Yo estaba en el bar Jeca y pregunté si alguien lo conocía: Me dijeron que era peligroso, ladrón, violento. Él estaba feliz, y se fue esa noche sin hacer taxi, se fue con su noche de San Juan imperturbable.

¿ENTONCES YO NO conozco mi destino? Yo, que soy uruguayo y vivo en el Brasil y Murilo Mendes me escribió este poema:

O URUGUAI

O Uruguai é um belo país da América do Sul limitado ao norte por Lautréamont, ao sul por Laforgue, a leste por Supervielle. O país não tem oeste.

As principais produções do Uruguai são : Lautréamont, Laforgue, Supervielle.

O Uruguai conta três habitantes: Lautréamont, Laforgue, Supervielle, que formam um governo colegiado. Os outros habitantes acham-se exilados no Brasil visto não se darem nem com Lautréamont nem com Laforgue nem com Supervielle.

¿Qué puedo hacer yo que obedezca a un proyecto como los zapatos obedecen a las piernas que obedece a una cabeza que es de Dios? Puedo vivir con nostalgia de un pasado. Puedo. Pero yo, yo no tengo nostalgia del pasado. Yo, que no me di con Lautréamont ni con Laforgue ni con Supervielle. ¿Yo no nací? ¿Se nace en una tierra y yo no tuve tierra? ¿Yo nací in partibus? In partibus infidelium. Pero, ¿zombi yo? ¿Yo, eh? Ni muerto. Si, muerto, muerto y enfermo y condenado. En orden: de Supervielle, de Laforgue, de Lautréamont. Pero, ¿y si no tuviese rencor y dijera sapos (Supervielle) y culebras (Laforgue) contra Lautréamont, ese uruguayo que escribió en francés? Y entonces yo

diría cosas bellas y haría cosas bellas para Miss Suiza de América que necesita que yo dé testimonio y. Pero yo no tengo rencor, porque mi amor también creció in partibus y vine al Brasil para tocar una tierra. Cuando nací no había ángeles y fue la partera quien dijo: Vai, Alfredo, vai ser gauche no Brasil. Y aquí estoy, Rua Aurora, gauche, sexto piso, sin nostalgias, escribiendo.

ÉL NO TENÍA dudas de que él mismo existía. Él ocupaba un lugar en el espacio de la Avenida Rio Branco: se veía en los espejos de las farmacias, los coches paraban cuando atravesaba distraído la avenida - y le gritaban a su persona -. Pero era un existir sin consecuencias, muchacho de Santos nacido cuando nadie más lo esperaba. Huérfano de madre, hijo de un metódico funcionario postal, era torpe, tanto que su vida había precisado seguir el rumbo de las otras para no detenerse en una tarde de verano, en una lectura y, tal vez, morir. Pero del mismo modo que sus células se reproducían solas y que sus pensamientos evolucionaban solos (angustia), su destino se había ido amoldando de tal manera al destino de los otros que llegó a San Pablo propietario de un destino al revés: Henrique Montes era tan como los otros que se convirtió en lo que los otros no eran. ¿Pero qué se hace, Dios mío, cuando no hay otros? Porque estaba solo en San Pablo y sufría de la amenaza de tener dieciocho años. Soledad y juventud eran zonas resbaladizas para quien no disponía de un destino.

Y entonces, el joven solo fue a la Estación Terminal de ómnibus. Él, que era anónimo aunque supiese de su propia existencia, quería comulgar de su propio anonimato. La Terminal anónima era el gran animal de la misma especie del cual mamaría. Él, que había vivido de pasaje entre los otros, se sentó en el gran lugar de pasaje donde se lleva, se parte y no se pertenece. Cada ciudad que el altoparlante pronunciaba era para él una estación tan vacía y tan desprovista de sentido como cada movimiento en que su vida se había adensado y le había dado un episodio. Así como todos los pasajeros para Curitiba van a Curitiba, él, pensaba, había hecho la escuela (pero, ¿y la angustia escondida entre los mapas?), como todos los que un día tuvieron un día de gloria en el fútbol él había tenido un día de gloria en el fútbol

(pero, ¿y qué le importaba?) y había tenido amigos y una mujer - aventura y un concurso para ingresar a una facultad, porque el orden del mundo era para él la única garantía de un destino como (oye obsesido el altoparlante) como Maceió es el destino de todos los que se dirigen a Maceió. (Sí, estaba iniciando otro viaje secreto y peligroso del cual, en esa hora, sólo conocía la angustia.)

Estaba cansado (era de tarde y hacía calor) pero no sabía por qué estaba cansado. La ausencia de razones lo angustiaba. Esta tarde Henrique Montes precisa que haya causas y efectos como en el mundo de los otros. Estar cansado sin razones era un dato brutalmente indisimulable (¿disimular frente a quién?) en su existencia disimulada de los otros. Esa existencia precaria estaba pronta para disolverse y él eligió el único lugar donde este parto al revés podía realizarse: una Terminal construida sobre partidas y llegadas ajenas. Henrique Montes no sabía que podía llorar la angustia del parto sin alterar el mundo. Entonces no lloró. Permaneció sentado, paralizado por leyes nuevas y lo que hubiera podido hacerlo llorar lo adormeció.

Cuando despertó era de noche. La sustitución del día por la noche lo tranquilizó. Caminó aliviando: el cansancio había desaparecido. Vio los semáforos de la Avenida Duque de Caxias: verdes, después amarillos, después rojos. Anduvo hasta la avenida São João contando el número de veces que cada color se encendía en los semáforos. Lo hizo con la precisión de quien se desviste de un traje sofisticado e inútil. Tenía hambre. En la pensión de la calle Vitória el ascensor demoró en bajar.

UN JOVEN DE Sergipe cometió un homicidio que el diario publicó así:

“El vendedor Ignoto Santos, 20 años, fue asesinado por estrangulamiento en el apartamento de la calle Marqués de Itú, 182, Vila Buarque, San Pablo, donde vivía con el primo, el psicoanalista Pitón Santos. (1) A pesar de varias pruebas (el apartamento revuelto, la toalla usada para el crimen) la Comisaría no investigó el caso, quedando registrado como muerte natural. Ignoto, que era vendedor de ropas femeninas, era de Mato Grosso y vivía en San Pablo desde hacía varios meses. El portero del Edificio. Adalton Ramos da Silva, declara haber visto que la noche del jueves Ignoto hacía señales a un joven moreno, de bigotes grandes y cabellos cortos, para que entrase con él al inmueble. (2) Este hombre, aparentando 25 años -y sobre el cual existen sospechas- dejó el edificio antes de las 4 horas, saludando incluso al portero. (3) Se ignora el paradero del sujeto.” (4)

(1) La transcripción del diario sería exacta, incluyendo los errores gramaticales, si no ocurriese que cambié el nombre de la víctima y la dirección porque el primo psicoanalista no me permitió poner los nombres originales. Obviamente, es a causa del primo que no coloqué el nombre ni la fecha del diario. En todo caso, yo hice lo que pude: fui y hablé con el psicoanalista.

-Estoy escribiendo sobre el crimen del joven sergipano... -comencé a explicar.

- ¿Cómo escribiendo? ¿Y qué sergipano?

Si. Me había olvidado de lo que aprendí cuando recorté la nota del diario, cuando busqué la dirección, cuando golpeé a la puerta de Pitón. Yo estaba allí cayendo desde mi marginalidad llena de detalles, como una mancha en la lectura del diario de Pitón. Volví a explicar dentro de las reglas de juego de las notas periodísticas hechas para él.

-Yo quería saber si podría mencionar el nombre de Ignoto porque estoy escribiendo...

- ¿Pero escribiendo qué? -me interrumpió.

¿Entonces un psicoanalista puede ser tan tonto? ¿Y qué hacen los clientes? ¿Enloquecen? ¿Son asesinados? ¿O yo también habré sido asesinado?

-Las verdaderas condiciones en que Ignoto murió. -Hablé serio, solemne tal vez.

- ¿Usted conocía a Ignoto?

Si yo decía que sí, corría el riesgo de ser analizado.

-No, sabe, yo...

-Oiga, yo le prohíbo mencionar cualquier nombre. ¡Y no rompa más!
-Cerró a puerta con un golpe para abrirla inmediatamente y gritarme a la cara: "¡Y respete a la familia!"

El joven sergipano no fue encontrado -ni siquiera supieron si era realmente sergipano- y aunque alguien lo encontrara Ignoto continuaría muerto por causas naturales. Por razones naturales el primo psicoanalista me pidió respeto a la familia.

(2) No, las cosas no fueron así. Para comenzar, yo sé que Ignoto no era vendedor. Había llegado hacía poco tiempo a San Pablo y estaba dedicado a, diré, a la tarea de existir, sí. Andaba por las avenidas y se perdía en la muchedumbre, no hablaba con nadie, y descubría así la parte del mundo que era suyo. Pasaba las tardes de domingo oyendo la radio y hacía programas para fines de semana que, por supuesto, nunca llegarían. Ignoto tenía unos conocidos en el Largo do Arouche y fue uno de ellos quien le indicó un trabajo con los turcos de la ladera. Porto Geral: era para comprar roya y revenderla en algunos escritorios -pero no llegó a realizarlo porque murió, naturalmente-. Y no pasaban de eso: conocidos, a quienes también dejó de ver en los tiempos en que la policía invadió el Largo para salvar la Moral pública. Ignoto era tímido y feliz, y como estaba ocupándose a sí mismo, no iniciaba nuevas amistades. La noche del jueves, se sentó en la plaza, frente al cine Arouche. Miró el viaducto detrás de los jardines, respiró hondo y sonrió de pura libertad. A él le gustaban los best-sellers y recordó que acabaría la novela de esa semana cuando llegara a casa. Se iba a levantar cuando el joven sergipano, que pasaba, lo miró con curiosidad y sensualidad.

(3) Cuando llegaron al apartamento, el joven sergipano, que había pedido quinientos cruzeiros y lugar para dormir, pensó que Ignoto era rico y consideró humillante haber pedido sólo quinientos. Quiso más. Ignoto dijo que al día siguiente, de mañana, conversarían. El joven aceptó. Ya en la cama, el joven sergipano no conseguía la erección. Ignoto, que estaba muy excitado, llegó al orgasmo y dijo después que no importaba, que durmiese. Apagó la luz y se durmió en seguida. El

joven sergipano se adormeció con dificultad pero despertó, sudando, hacia las tres de la mañana sin saber dónde estaba. Reconoció el cuarto y sintió una necesidad imperiosa de salir a la calle. Sacudió a Ignoto con fuerza para despertarlo. La expresión de sorpresa y miedo de Ignoto lo asustó. Se vistió casi temblando y corrió hacia la puerta para huir. La abrió con violencia. No era la puerta de salida sino la del baño. Ignoto ya se había levantado cuando el joven volvió con la toalla que agarró en el baño. El joven se precipitó sobre Ignoto quien intentó huir en dirección a la puerta. En un nuevo movimiento el joven sergipano tropezó contra la mesa de la sala y cayó. Ignoto gritó y llegó a la puerta de salida. La abrió cuando el joven le enlazó el cuello con la toalla. El estrangulamiento se produce casi en silencio. El joven dejó caer la toalla. Volvió a la sala y comenzó a hurgar en los cajones en busca de dinero. Encontró tres mil doscientos cruzeiros junto a una carta de Mato Grosso que también guardó. Si hubiera entrado al cuarto habría encontrado un reloj de oro y un collar bañado en oro sobre la mesa de noche pero algo lo detuvo. Trató de calmarse. Ignoto yacía contra la puerta de salida. El joven no quiso tocar el cadáver. Abrió la puerta con dificultad y salió. El ascensor estaba por casualidad en el piso. Apretó planta baja. Buscó el bolsillo de su saco y advirtió entonces que había olvidado el saco en el apartamento. Decidió continuar la fuga pero recordó que en el abrigo había dejado sus documentos y una navaja. El ascensor llegó a la planta baja, iba a salir cuando vio que el portero nocturno estaba adormecido. Apretó rápido el botón del piso de la víctima. Al llegar, abrió otra vez la puerta con dificultad, fue rápido al cuarto, tomó el saco y volvió al ascensor. Cuando llegó a la planta baja el portero estaba despierto pero, tal vez atontado por el sueño, sólo dijo buenas noches sin fijarse en el aspecto del joven. En la calle, caminó a pasos rápidos en dirección a la Avenida Aramal Gurgel.

(4) Yo ignoro -y continuaré ignorando- si el joven sergipano era el futuro marido, o el marido, de la amiga de María que vivía en Jabaquara, si es que cuando ocurrió el crimen todavía vivían allá. La policía también lo ignora -y continuará ignorándolo.

EN FORTALEZA, CEARÁ, yo, uruguayo, residente en San Pablo, me desperté una madrugada -hace muchos años- sin saber quién era. Quién era, ¿quién? ¿Yo? Pero, yo, ¿quién? El cuerpo que reconocía desde siempre transpiraba las sábanas. Era una noche de calor - setiembre u octubre, creo-. Atrás de la ventana abierta sólo había el mar, de nadie. No había por qué pedir ayuda, no había a quién pedir ayuda, no había quien lo hiciera en nombre de algo tan hipotético como quién seguir viviendo entre un antes y un después. Nunca más volví a Fortaleza -yo, porque cuando desperté de mañana la violencia de la luz me trajo a mí, trajo alguna cosa a otra que me identificaba-. En San Pablo, yo soy -yo: soy y, lleno de pasados y tan absolutamente extranjero como la noche cearense de la cual quién guarda nostalgia-. Soy extranjero como se puede ser extranjero en una noche: desde siempre lo había sido para aquella noche y para siempre lo fui después. (Sé muy poco de la vida y si escribo, ya dije, es porque estoy cansado.)

ESE VIERNES HENRIQUE Montes salió contento de la facultad, fue caminando por la Av Paulista con dos colegas -charlas, chistes, una cerveza, el alivio de haber salido de horas y días en estado de seriedad, y aquí afuera el cielo azul de las tardes majestuosas de setiembre, los quioscos, la gente sonriendo., Demoró en despedirse de los colegas y cuando se quedó solo caminó un instante con la cara medio atontada de quién no sabe bien qué hacer. Dieciocho años, la tarde azul y ajena, el tiempo frente a sí, era demasiada libertad, era desamparo

*-Fue un crimen sin importancia,
un travesti asesinado. Pero usted disculpe
la demora, detuvimos a mucha gente.*

Henrique atravesó la Avenida Casabranca y no supo si continuaba hasta la calle Augusta o si entraba en el parque Trianon. El parque le gustaba a causa del silencio repentino que instalaba en la Av Paulista, como si desafiase a la ciudad. A esa hora estaba concurrido, no era el mejor momento, pero siempre habría más aventura en un parque que en las galerías de la avenida. Sería más fácil una buena charla y una charla ya era una aventura, ver los tipos en el momento de aflojarse la corbata y distenderse ya es acceder a aventuras minúsculas, al otro lado de esas vidas que Henrique veía alrededor de sí y en las cuales siempre valdrá la pena penetrar.

-Rodeamos todo el parque. A su

*hijo lo trajimos porque no tenía documentos.
No debía estar haciendo nada
bueno en aquel lugar, la juventud anda
perdida.*

Henrique entró por el sendero principal. Miraba a los tipos, todos con caras escondidas detrás del rostro, las caras ocultas que a Henrique le gustaba descubrir, las que se filtran por las fisuras frágiles del rostro: una mirada, un leve movimiento de la nariz, un labio apretado, las caras que Henrique, a los dieciocho años, necesitaba poseer de alguna forma. Pasó frente al Fauno y, como siempre, desvió la mirada: aquella estatua traía desgracia, un rostro de piedra. Encontró lugar en uno de los bancos antes de la Alameda Santos. Se sentó y ocurrió lo que lo irritaba, que el juego se invirtiera y fueran los otros los que penetraran por las fisuras de su rostro. Se levantó y no vaciló: iría al baño, el baño público -no era la primera vez que lo frecuentaba- que será siempre el lugar más propicio para esa especie de magia que torna las caras blandas e inocultables después de algún manoseo en la bragueta durante el cual el rostro todavía es de piedra como el Fauno.

*-Sí, fue asesinado con una navaja,
atrás del liceo Dante Alighieri. Pensamos
que su hijo era menor, por eso lo
intimaron a usted en Santos. Ya ve con
qué compañías anda.*

La cosa no demoró. El individuo, de alianza en el dedo y portafolio en la mano, hizo el gesto -la cara todavía de Fauno- para que Henrique entrase con él al box. Entraron. Cuando salieron tenían los rostros otra vez pétreos después del viaje por caras transfiguradas de las que sólo quedada el sudor. Fue entonces cuando Henrique vio al guardia del baño haciéndoles a los Faunos presentes el gesto solidario - ¿pensaba en dinero? - de avisar que salieran rápido. “Llegó la cana”, dijo un joven medio experiente, medio asustado.

*-Claro que su hijo no tiene nada
que ver. Ya sabemos que es estudiante.
Por eso lo pusimos en esa sala con aquel
otro que parece que es profesor. A ver
qué clases le va a dar.*

Presos en la camioneta policial, además de Henrique Montes, iban dos travestis y un muchacho de veintiséis o veintisiete años, de nacionalidad uruguaya. Nadie habló. El silencio de los travestis era un silencio profesional. El de Henrique era de sorpresa. En el rostro del cuarto hombre se veía estampado la cara de la humillación.

A IGNOTO YO lo llamo Ignoto porque es un hombre neutro y sin peligro -y él se murió-. Porque yo sé de vidas concretas, y aun concretistas, marcadas por el nombre que sus portadores llevaron. Vean el caso de Olga del Córdoba, famoso travestí de São Miguel Paulista.

Yo lo conocí en el tiempo en que era corista del teatro Natal, cuando todavía cantaba boleros mexicanos y se llamaba apenas Olga. Le expliqué que era uruguayo y que tenía mis motivos para aconsejarle que cantara tangos y que agregara a su nombre un apellido elegante, que podría ser “de Córdoba”.

Olga, que ya consideraba su nombre mucho más hermoso que el vulgar Olegario con el cual lo habían registrado y por el que sufrió hasta su adolescencia, acató mi sugestión por considerar que el tener un apellido le daba un status de dama. Pero ya que cantarían tangos, decidió transformar el de en del porque le pareció misterioso, sonoro y sentimental, además de no recordar en nada el banal do portugués.

Comenzó su repertorio cisplatino con “Alma en pena” y el éxito fue avasallador. Olga del Córdoba se convirtió en vedette, grabó discos, viajó por América del sur, participó de películas y de seriales para la televisión, siempre cantando:

*Aún el tiempo no logró
llevar su recuerdo,
borrar las ternuras
que guardan escritas
sus cartas marchitas
que en tantas lecturas*

con llano desteñí...

Alma

que en pena vas errando,

acércate a su puerta, suplícale llorando...

Años después, Olga, ciertamente víctima de su exacerbado romanticismo y luego de un largo y turbulento romance con un pastor pentecostal, decidió abandonar el mundo e ingresar a la vida religiosa. Por despecho hacia su antiguo amante, eligió ser monje benedictino. Cuando hizo sus primeros votos en el Monasterio, el Abad le dio el nombre de Oliverio y su vida se transformó radicalmente. Hoy Frey Oliverio canta las epístolas, las noches de Misa de Gallo, en largos movimientos gregorianos que hacen vibrar los encajes de su sotana y en vez de los aplausos, oye con regocijo los “Amén, amén” que los feligreses suspiran extasiados.

Y así, entre gallos y medianoches, entre Olegario y Oliverio, nació y murió Olga del Córdoba, acaso para enseñar que el nombre sí hace al monje.

YO TAMBIÉN LLEGUÉ un día a San Pablo, más o menos como Ignoto (el estrangulado de las páginas anteriores, pero con mayúscula; “Ignoto El Estrangulado”, que podría ser nombre de novela série noir o algo que sólo Nerval imaginaría -Le Prince de l’Uruguay à la tour abolie-, no, incluso porque San Pablo es en el mundo el único lugar sin lugar para el terror) y cuando yo, como Ignoto, aquí llegué, San Pablo era un lugar para vivir en un estudio de la Avenida Nove de Julho, acodarse a la ventana y dejar las horas del sábado de tarde pasar mientras se miraba la plaza 14 Bis -la del avión de Santos Dumont- que también tenía un avioncito chiquito y todo lleno de vuelos que la avenida ignoraba. Robinson Crusoe de las pampas en mi estudio, yo tenía un mal carácter (no me había dado con los poetas Unos y Trinos del paraíso uruguayo perdido).

Y le costó muchos viernes a Henrique Montes aparecer -él, que se había adormecido de sí mismo un día en la Terminal del ómnibus-. Y olvidarse de la comisaría le costó tardes de sueño en los salones de la facultad, y precisó oír mucho silencio en las calles barullentas para localizarme un día, entrar a mi estudio, mirarme provocador, decir sin ningún pudor: “Rimbaud”, y comenzar a recitar.

Aquello fue un desafío directo al destino provisorio de mi pasado, Lo miré a los ojos y, sin vacilar, retuqué fríamente: “Mallarmé” -y yo debía tener una leve sonrisa forzada mientras recitaba con los labios más crueles que nunca-. Pero también me los mordí cuando él, acabado mi recitado, dijo imperturbable: “Baudelaire”. Dios mío, ¿a qué prueba estaba yo siendo sometido? ¿Y por qué debía soportarla? Corté al muchacho en la mitad de un soneto. Aquella interferencia en mi destino, ¿acabaría por llevarnos a dónde? Yo precisaba reaccionar: -Voy a tomar un café. ¿Me acompañas? -Me acompañó hasta el bar y se fue.

¿Pero entonces era así tan simple? ¿Era sólo tomar el avioncito de Santos Dumont frente a mi estudio y trasportarme sin que yo supiera adónde? Esa noche agarré con pasión mis flores del mal hasta localizar el soneto que él no pudo terminar. Acabé en los tercetos con voz bien alta y espasmódica. Yo no sabía si quería apropiarme de aquella voz que había comenzado el poema o por el vuelo inmemorial del cual hasta hoy lo ignoro todo. Cerré la ventana con violencia para no ver plaza alguna. Recité con cólera el soneto inconcluso hasta el día en que él hizo lo irremediable: volvió. Era demasiado. Esta vez soy yo quien ataca, pensé, y lo haré para no sucumbir. Él traía una cierta sonrisa-misterio que yo no podía descifrar y que me quemaba la garganta. Dije, lo ojos clavados en los suyos: “Dante”. Pero era demasiado tarde. El avión ya había comenzado su carrera desde la avenida. De nada sería querer bajar y aun menos sería el embotellamiento que conseguimos provocar en la plaza de la Bandera, frente a todos, en la boca de la ciudad. El último uruguayo exilado en el Brasil el nacido in partibus, renacía infiel, como tantos otros antes, gauche y brasileño, con Virgilio al volante del 14 Bis.

Y AHÍ ESTÁ el señor Montes cumpliendo su papel de Padre. ¿El Hijo anda medio descarriado, señor Montes? ¿Y viene a verme a mí, el pobre diablo de la comisaría, y me hace sentir el propio Espíritu Santo? Usted trabaja en el correo de Santos pero supo mi dirección en la tal comisaría, astuto, señor Montes, y me llama y me dice que quiere conocerme. Ya ve que la policía es útil, a su Hijo lo conocí gracias a ella. Después su Hijo, siempre en busca de un destino, le habló de mí. Usted es el Padre y lo sabe todo, ¿de qué quiere que lo convenzan? ¿Y por qué no me mandó una Carta? Pero el Espíritu Santo lo recibe, lo hace entrar, le sirve un café. Una sonata de Bach en la radio. No se quede en silencio, hable, señor Montes.

- ¿Es aquí donde ustedes se encuentran?

Melancólico, señor Montes. Y afuera llueve, llueve este viernes y a usted tal vez le gustaría quedarse aquí, sentado a esta mesa, con el amante de su hijo y tomar ese café. Sería agradable, ¿no es cierto, señor Montes? Pero nadie le ofrece tanto, y usted tampoco aceptaría. Le ofrecen la verdad. Es tan banal, señor Montes, es una historia urbana y con dos jóvenes, pero como ocurre que es su hijo quien está iluminado en el escenario, usted dice que no entiende, no dice que pide ayuda pero la está pidiendo desde que llegó y se quedó mirando los libros, los objetos, la vista desde la ventana, la moqueta, las cosas reales, porque le dan un garantía, señor Montes, y porque piensa que aquí puede ver a su hijo Henriquito ahí, abrazando a ese muchacho que está frente a usted, que trata de explicarle y habla de amor y usted no puede entender, usted es el único personaje triste en esta historia, señor Montes. El muchacho frente a usted lo entiende y trata de consolarlo porque usted piensa que debe ser consolado y luego a decir Gracias, porque usted está solo y ahora es demasiado tarde. Usted no

entiende porque le enseñaron que las cosas no debían ser así, y usted es obediente, cumplió itinerarios y guiones, ya está casi jubilándose.

-Si, era lo que quería saber.

Era eso, si, y ahora se va, rápido señor Montes. ¿No va a hacer ningún escándalo? ¿No quiere pegarle a nadie? No, pero va a expulsar a su hijo de su casa. El guion. Usted sabe que él no se va a quedar en la calle. Sabe que vendrá aquí, a este estudio de donde usted ahora quiere salir tan rápido, este apartamento que usted mira como para fotografiarlo en su cabeza, con ese muchacho, una historia como tantas, señor Montes ¿Es eso lo que quiere? Si usted obedece su guion, hace funcionar el guion de esas historias de amor que acaban con parejitas, viviendo juntos, y usted no quiere, ¿no es verdad? Ahora ya está en el ascensor, piense bien ahora que está solo. ¿Va a cumplir el guion y lavarse las manos? ¿Usted colaborando con la parejita? ¿No era usted quien no quería? Entonces, ¿para qué vino? ¿Quiere tener seguridad de que Henriquito no se quedará en la calle? Ya vio que no, no se quedará en la calle. Y en el guion está la indignación, y la santa indignación es obediente. Si, mire los muchachos ahora en el ómnibus. El gran reloj del mundo da sus brincos, señor Montes, usted siempre lo supo. Ahora le toca a usted, señor Montes, su hijo necesita un destino. Cumpla, haga funcionar las agujas. ¿No es usted el obediente? Y ahora ya vio al Espíritu Santo, ya habló con él, y él le confirmó todo. Las agujas, señor Montes. Por lo visto a usted le gusta el silencio, pero ahora no hay escapatoria, ahora tiene que obedecer aunque no quiera. Está condenado a obedecer. Ya está llegando, señor Montes, ya no tiene mucho tiempo. La obediencia fue siempre su orgullo. Cumpla, señor Montes.

ESTO, QUE COMIENZA con mucho silencio y olor de velas, continua con un batuque cada vez más fuerte y acaba con champán y cigarrillos Pall Mall, mis amigos, que la vida es breve y lo que yo quiero es beber y fumar. El silencio del comienzo es religioso y después es de verdades, de aquellas que nunca son agradables. Porque María fue a la iglesia de San Judas, cerca de su barrio. Lo que le pidió al Santo yo lo ignoro (fue un pedido demasiado secreto y yo no me meto en pedidos ajenos -lo que puedo garantizar es que San Judas cumple, eso sí.). Pero lo que la Ciganinha dijo cuando ella entró al Terreiro de noche, eso yo puedo decirlo porque frecuento ese Centro hace más tiempo que María y yo estaba allí, atrás de los tambores y lo oí todo.

Pido silencio ahora porque el batuque está demasiado fuerte. La Ciganinha ya se incorporó en la Mãe-de-Santo (que es vieja y tiene artritis, le gusta la línea de Xangô pero hoy, qué le va a hacer, es línea de izquierda). La Ciganinha está tratando a todas las mujeres presentes de escrachos y terrajas, y María bajó los ojos de vergüenza. Porque - fue la Ciganinha quien lo dijo- María es orgullosa y piensa que es linda, pero es fea y envidiosa. Ella quiso seducir al hombre de su colega (¿será el sujeto sobre el cual existen sospechas? ¿La Ciganinha no dirá nada?) y él, que es un muchacho trabajador (no, no debe ser él) no quiso ni saber, porque a él no le gustan mucho las mujeres (pero entonces, ¿no era él?). La Ciganinha ríe, yo estoy escondido, María llora bajito.

Pero no es sólo eso, no señor. María fue despedida porque robaba zapatos de La Molície para usarlos en los bailes del club Garitão allá en la Barra Funda, donde hace mucho tiempo dejó de ser doncella con el bahiano Alamiro (no, claro que no fue con José, claro). Y no era sólo el bahiano Alamiro, eran muchos, tantos que la Ciganinha tiene hasta

vergüenza de decir. Y María quiere cualquier tipo de hombre, hasta ricos y rubios (sí, José con seguridad) pero todo lo que hace es destruirlos y separa parejas y lo que precisa es hacer un trabajo para que Oxum la perdone porque así todo lo que va a ganar es un despacho que la mande derecho a la tierra donde vivía, que lo que hay allá son hombres que van a usarla de mujer-dama y ni siquiera le van a pagar y va a agarrar un enfermedad y pasar necesidades, hambre incluso.

¿Oíste, María? Moscas muertas que somos vos y yo. ¿Estás llorando? Pero no nosotros no tenemos vergüenza. Yo sólo repetí lo que la Ciganinha dijo. Ni una palabra más. Y también me dio miedo que ella hablara de mí. Pero no, la Ciganinha sólo habla de mujeres.

- ¿E vocé, gringo?

Ay, Dios mío, ¿qué fue lo que hice? La Ciganinha lo dice todo, para que todo el mundo lo oiga. Que soy una lengua suelta, como una mujer -peor que una mujer (¿peor? ¿pero qué es lo que ellas hicieron?)-. Que yo le voy a contar a todo el mundo de esa pomba-gira ahí (María) y por qué no hablo más de mí mismo o de ese amigo blanco (¿José otra vez?), ese que hace avioncito conmigo (ah, era eso, claro) y que me habla en idiomas, cosa de gringo que soy, y que haced teatrito de noche conmigo y que es hombre como dama (y yo, ¿soy dama como hombre?), sí, soy dama-hombre y la Ciganinha ya ni sabe (y yo tampoco), y que soy como María y no tengo remedio, es avioncito para acá y avioncito para allá y que ya ni pienso en mi tierra (Só deixo meu Carirííí, no úúúltimo pau-de-arara, cantaba un exú en ese momento pero se calló porque la Ciganinha pidió más champán), que ella quería más champán y cigarrillos Pall Mall y que el gringo, yo, voy a acabar muerto y nadie va a querer saber de mí (¿cómo Ignoto?) que no quiero saber de familia y que me cuide y haga trabajo para Omolú, cosa de no

enfermarme y para Ogum que a ver si así no me muero porque es una mano de hombre la que me va a matar.

La Ciganinha ríe displicente. María apenas oyó porque continúa llorando. Todo el mundo nos está mirando. Pero qué fue lo que hice, repito. ¿Están mirando sólo porque María y yo no tenemos familia? A mí no me dio vergüenza, no señora. ¡Yo quiero champán también! Ahora estamos iguales, María, todo bien. María va a continuar yendo al Garitão, ¿viste, mi hermanita? Lo que es yo, no voy a parar el avioncito, ah no. ¿Y ustedes porque siguen mirándonos? ¿Qué hay? Yo no voy a llorar, que estoy muy contento. Y María ya está parando, ¿vieron? Lo que yo quiero es champán, mis amigos. Y Pall Mall. Yo quiero mucho más.

SOÑÉ QUE MI abuelo italiano estaba agonizando y tres mujeres, idénticas, lo cuidaban. Yo sufría y también pensaba. Nunca vi morir a nadie, ahora tenderé la oportunidad. De repente ellas me decían que él había acabado de morir y empezaban a envolverlo en cartón. Pero él había gestos como si intentase hablar y no lo lograra. Oía su voz repetir mi nombre y yo preguntaba si un muerto podía realmente hacer gestos como los que él hacía. Ellas no respondían.

Aeropuertos

Aviso a Los Pasajeros

Los aeropuertos son un pacto de silencio. Yo no digo mi terror, tú no dices tu terror, él no dice su terror. Y se sonríe, como si hubiera alguna connivencia silenciosa. El terror, en los aeropuertos, provoca más sonrisas cómplices que diarreas.

△

Los aeropuertos no son una ocasión o una circunstancia. Las grandes tragedias se neutralizan en los aeropuertos. El piso brilla y el dolor no huele a nada. Cuando algunos lloran, las lágrimas se secan en el aire acondicionado. English spoken.

△

Los tripulantes de los aviones pasan charlando por las salas de los aeropuertos. Pasan. Pasarán siempre. Idénticos. Bellos. Ajenos. Llevan en los guantes la eternidad de los aeropuertos.

△

En realidad, las azafatas son muñecas inflables. Los pilotos tienen hemorroides pero desde que entran en un aeropuerto las hemorroides paran de dolerles. Los comisarios de vuelo no son homosexuales: en los aeropuertos no hay más sexo. Puede hacerse, pero no hay.

△

En las filas de los aeropuertos hay gente que saca fotos y grita los últimos mensajes a quien parte o a quien se queda. También hay mujeres de una elegancia medio extraviada. Ríen y están seguras (yo no sé de qué, sé que están seguras). Hay hombres que también gritan y ríen y conocen tipos de aviones y horarios exactos de llegadas y partidas. El espanto tiene sus rayos láser: en un aeropuerto nunca confíe en su vecino de fila.

△

(A veces vamos los domingos a los aeropuertos sólo para poder soñar con países remotos y ver los aviones-pájaros despegar y subir, como las ilusiones. Entonces visitamos sueños y estamos en una galaxia opuesta a los aeropuertos, pasajeros de otro viaje. Cuando volvemos a casa, nunca estuvimos en un aeropuerto. Habíamos aprovechado la tierra de nadie para fundarnos un mundo provisorio y sin aeropuertos.)

△

En el barullo ensordecedor de los aeropuertos, los enamorados tienen que gritarse el amor, y toman, sin saberlo, la cara de la desesperación.

△

En los aeropuertos la gente no tiene sombra. Es que todos se convierten en la sombra de sí mismos. Quien subiese a una balanza para pesarse, en un aeropuertos vacío, vería la aguja de la balanza permanecer inmóvil.

△

Todos los aeropuertos están instalados en estaciones siderales, lejos de la Tierra. Salir de noche de un aeropuerto, es como entrar, por un error de milagros, en un planeta imprevisto y asustador.

△

Los aeropuertos son catedrales. Sin Dios.

△

Las secciones Departures de los aeropuertos son las más aeropuerto. Ya las Arrivals se aproximan a la esperanza.

△

No es verdad que haya aeropuertos más aeropuertos que otros aeropuertos. Sólo los ingenuos pueden pensar que Roissy, en París, es más aeropuerto que el de Iquitos o el de Montevideo. No. Todos los aeropuertos, sin excepción, son implacablemente aeropuertos.

△

Una vez pasé doce horas en uno de los aeropuertos de Londres. Y paré de existir. Fue un grupo de hindúes lo que me sacó de la hipnosis. Siempre dudé entre perdonarlos o agradecerles.

△

El exilio es un aeropuerto. Yi ya tuve mis años de aeropuerto.

△

¿Cuántas veces habré ido a buscar a mis amigos en aeropuertos?
¿Cuántas otras me esperaron ellos puntualmente en otros
aeropuertos? ¿Cuántas? Yo sólo los recuerdo a ellos, abrazados, hoy
vivos o muertos, siempre después de haber salido de los aeropuertos.

△

Casi no recuerdo los aeropuertos, aun aquellos por los que más
transité. Es que eran una amnesia. Me había olvidado.

Homenaje a Pitágoras

Los matemáticos no lloran al nacer. Por eso todos saben cuándo un Matemático viene al mundo. Además, crecen alimentados por proteínas muy potentes y hacen alegres malabarismos numéricos durante muchos años. En la vejez, admiten que no tuvieron tiempo de contemplar la fría eternidad de los números. Y después se mueren.

△

Los Matemáticos se sienten en el séptimo cielo cuando, dos por tres, gritan a los cuatro vientos que, para razonar, ellos no necesitan un sexto sentido.

△

Los Matemáticos son siempre irremplazables porque son siempre reemplazados por otros Matemáticos.

△

Cuando tienen sentido social, los Matemáticos estudian Ciencias Económicas y a menudo son gays pero lo esconden. Ya cuando son ingenieros y también son gays, se lo esconden a sí mismos, y en todos

los casos pueden acabar dirigiendo algún Banco. Pero son tan ágiles entre aranceles y tasas de interés que envejecen rápido. No tienen suerte con el número de los efebos.

△

Los Matemáticos nunca se meten en camisas de once varas. Como es sabido, prefieren los teoremas.

△

Cuando los Matemáticos dan clases, pavos reales de las cuentas, se muestran tan rápidos de raciocinio que no logran entender que los Otros los miren con susto. Imaginan que es por indiferencia y entonces tartamudean desplumados. Eran usuarios subalternos de las palabras. Pero eso, ellos no lo saben.

△

Los Matemáticos son obedientes.

△

Los Matemáticos son masculinos. Las mujeres Matemáticas también lo son. Es la solemnidad que los cubre cuando reconocen que los axiomas no aceptan demostración. La Inexplicable rajadura femenina.

△

Los Matemáticos que estudian Ingeniería toman mate. Es que el mundo les hace gracia y gozan de buena salud. Ya la resistencia de los materiales los excita y les hace tomar grappa o vodka. Coñac, jamás.

△

¿Y los que son doctores en Matemáticas? Esos están en la carrera universitaria. Dan conferencias, leyeron el Talmud y todos, sin excepción, son Jefes de Departamento. Cuando viajan en los aviones internacionales, piensan que los números hubieran podido llevarlos a Dios. Pero siempre se jubilan antes.

△

Los Matemáticos son eficientes productos genéticos de última generación. Antes del desarrollo del gen matemático, existieron los Prematemáticos, altos, rubios y cansados. Sentían un infinito hastío frete a cada logaritmo. Vivían en el actual Uruguay y se adormecían con la cinta de Moebius en la mano. Se extinguieron en medio de la melancolía y el desconsuelo.

Montevideo, La Coquette

Hay que tener mucho cuidado para hablar de Montevideo porque es una ciudad de dolor. En Montevideo siempre se sufre un poco más que en el resto del mundo.



Montevideo es una ciudad llena de sueños. Por eso nadie la cuida. Y además, no se puede estar en Montevideo y estar en Montevideo al mismo tiempo. En Montevideo soñamos con países distantes o amores imposibles o destinos nuevos. Cuando se está en Montevideo y se está casi en Montevideo, uno entra en estado de peligro y entonces oye tangos.



Los sábados, en Montevideo, se puede oír candombe. Con prudencia.



A Montevideo, los niños lo ven lindo, con su cerro y su fortaleza, y dicen que allí nacieron, allá por el mes de enero de hace muchos, muchos, muchos, años.

△

El mar a cada lado de la península: la duplicidad de Montevideo.

△

Todos los montevidianos sabemos lo que es caminar por General Flores de madrugada. Por eso nadie lo hace. Es un saber revelado y sin testimonio porque si alguien lo testimoniase no tendría nada para contar.

△

En un café de Montevideo, me presentaron a un hombre y a una mujer que debían tener unos cuarenta y cinco años y que era novios. Se sentaron a mi mesa y charlamos. Dijeron que el calor de aquel día no era normal, que debía llover. Yo dije que sí, que llovería con seguridad y que sería agradable ver la lluvia. Me preguntaron dónde vivía yo y me dijeron que habían hecho un viaje por Brasil y que las playas eran muy hermosas. Ya Buenos Aires les resultaba parecida a París. Después volvimos a hablar del deseo de que lloviese al día siguiente, que iba a ser agradable esa lluvia, con seguridad. Cuando se fueron, era bastante tarde.

△

París es siempre de mañana, con flores blancas de Boulogne y rosas. En Lima y en Praga siempre es el atardecer, rojo, como encendido. Buenos Aires es noche de verano y con perfume de jazmín. Cuando en Río amanece -gloria celeste- en San Pablo son las siete de la mañana y el aire tiritita. Ya en Montevideo es siempre la hora de la siesta, uno bosteza y hace la digestión. Es calentito, no se crea.

△

Dijo:

El dinero no hace la felicidad.

El trabajo dignifica al hombre.

Montevideo es la tacita del Plata-

Pensaba:

Yo quería ser rico, inactivo y berlinense.

△

Montevideo era un puesto militar avanzado en el Río de la Plata y nació sin nombre: Monte VI de Este a Oeste. San Felipe se había adormecido y Santiago tuvo un sobresalto. Entonces Montevideo conoció el tedio y la guerra -innombrables- y ya nunca tuvo calma.

△

Yo estuve en Montevideo y soñé con una ciudad muy bella. Había edificios de mármol y palacios y puertas de bronce y casinos con

mujeres espléndidas y joyas. Todos bebían champán, y yo no le hice mal a nadie.

Solís o La Flecha

1

La mano: archipiélago, hubieran dicho
pianos o botellas al Plata
el tenso mensaje en el teclado
si es tocado, dan cuerda
con la mano, arco al sur la sonatina
del Ahorcado.

2

Río o mar
o río como mar
y ríe como llora
antes o después
(lo mismo es)

El Uruguay y el Plata
y esto o aquello
el último o el próximo
la última o penúltima
penumbra en la península,

escollera o salvaje
primavera.

Vivo o muerto:
el Loco,
o él o yo
Tristán o Isolda
Jaula o pájaro
El filtro o un error:
los dos no.

3

Amargo argonauta mar amargo
margen oriental: mártir
náufrago en tierra, yo sí.
Y un ancestro en el flotante camalote.

4

(la u del mundo, abismo
la i de abismo, mundo
tan uruguayo: tan reales
voyelles)

5

Solís o la flecha:

en la Torre reflexiona

lóbrega o la rosa

va a decidir

lasciva pitonisa de los Panoramas,

dice,

elíptica epiléptica la flecha

ve la Torre en la Carta que lo trajo:

graba la grave carabela grávida,

y osa póstuma

(que Solís duerma y sueñe en su ensenada)

Tres Mesas

Del Sorocabana

1

Los pasatiempos vagabundos
se piensan
como nubes, así
navíos olvidados
o sin rumbo las nubes
no dejan señales en el viento
y erran
sin memoria
como dunas
a voluntad de mar
que nadie piensa.

2

Hablamos de cosas
de la superficie del mundo
o bostezamos
(no puede ser tan serio
ni tan grave la mosca azul

que atraviesa la sala
y se posa insistente y
vivimos tan poco, si vivimos.
“Es la geografía de los viernes.”
y los elefantes blancos
ríen.

3

Me conocí tanto
que ya no importa la flor
exenta de mi nombre.
Que piense el pensamiento,
a mí
no me importa.

Índice

Nota

Destino: Rua Aurora

Aeropuertos

Homenaje a Pitágoras

Montevideo, La Coquette

Solís o La Flecha

Tres Mesas del Sorocabana